

RESEÑAS

ATLAS LINGÜÍSTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA (ALPI). Tomo I. Publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1962.

Huelga destacar los vivificativos estímulos que la Ciencia del lenguaje ha recibido de la Geografía lingüística con la investigación de las hablas populares¹, sin tomar en cuenta que ha venido enriqueciendo y precisando los datos con que opera la lingüística y afinando los métodos tradicionales de la Gramática comparada.

Comprendiendo la urgencia de recoger los testimonios de los dialectos ante la amenaza de su desaparición, el Congreso Internacional de Lingüística, celebrado en La Haya en 1928, recomendó a los Gobiernos de cada Estado, recopilar con premura los materiales vernáculos respectivos. Este voto fue renovado por el 17º Congreso de Orientalistas celebrado en Oxford en el mismo año. Esta advertencia dio un notable impulso a la confección de los Atlas lingüísticos, de los cuales uno de los más recientes es el de la Península Ibérica, cuyo primer volumen salió a la luz pública en 1962.

Constituye esta publicación una necesidad largamente sentida por todos los romanistas, pues en el dominio románico europeo, España y Portugal eran los únicos países de mayor importancia que carecían aún de sus atlas lingüísticos.

Hasta no hace mucho, los estudios dialectológicos, en el campo lingüístico del español, habían sido cultivados principalmente por extranjeros. Entre ellos, varios discípulos del profesor Fritz Krüger de la Universidad de Hamburgo (ahora en la Universidad de Cuyo, Mendoza, Argentina).

Sin embargo, en los últimos dos decenios, ha reaccionado notablemente la juventud universitaria española y se han producido excelentes trabajos monográficos sobre dialectos y hablas locales de España. Muchos de éstos han visto la luz pública en los Anejos de la Revista de Filología Española.

Vale la pena recordar aquí algunas de las vicisitudes por que atravesó el ALPI a consecuencia de la guerra civil española.

Una vez tomada la decisión de preparar el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica por iniciativa de don Ramón Menéndez Pidal, se encargó a don Tomás

¹Ver, p. ej., E. Gamillscheg, Die Sprachgeographie und ihre Ergebnisse

für die allgemeine Sprachwissenschaft. Bielefeld & Leipzig, 1928.

Navarro dirigir la ejecución del proyecto. Durante muchos años se trabajó con perseverancia en la recolección de los materiales y en 1936 estaban ya totalmente terminadas las encuestas relativas al dominio español, muy avanzadas las del catalán y en vías de ejecución las del portugués, cuando la guerra civil española puso bruscamente término a dichos trabajos.

El material recogido quedó bajo la custodia de don Tomás Navarro, primero en Madrid, después en Valencia y luego en Barcelona. Cuando, al finalizar la guerra en 1939, el Prof. Navarro emigró, este material fue trasladado a Francia y finalmente a Nueva York, donde permaneció hasta 1951, año en que fue devuelto a Madrid y depositado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Mientras tanto se dio término a las encuestas que habían quedado inconclusas en Cataluña y, a partir de 1953, a las de Portugal². De este modo el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con el concurso de los señores L. Rodríguez Castellano, M. Sanchís Guarner, Aníbal Otero, F. Moll y Luis F. Lindley Cintra y bajo la dirección circunspecta de don Rafael de Balbín Lucas, está trabajando activamente en la terminación y publicación del ALPI.

El primer volumen —único editado hasta ahora— es motivo de justa satisfacción para los organizadores de esta magna empresa. Desde luego, por lo que respecta a la tipografía, la obra es de gran pulcritud y digna de aplauso.

Consta este volumen de 75 mapas precedidos de una *Introducción*, en la cual se resumen las peripecias de la preparación de la obra, se expone el método empleado, se describe el territorio que abarca, se da noticia de los sujetos informadores, de la realización de las encuestas y se detalla el minucioso alfabeto fonético utilizado en la transcripción de las voces. Los cinco primeros mapas están destinados a proporcionar datos sobre el nombre oficial y dialectal de los lugares estudiados (mapas 1 y 2); el nombre dialectal de los habitantes (mapa 3); el del habla local (mapa 4) y el de los colaboradores de la encuesta (mapa 5). Los otros setenta mapas se refieren a las palabras que fueron seleccionadas para representar junto con otras que figurarán en los volúmenes siguientes, todos los fenómenos fundamentales de la fonética histórica de los romances peninsulares.

De la lista primitiva de estas palabras que inserta M. Sanchís G. en su citado trabajo (o. c. pp. 45-47), fueron eliminadas de este volumen: *balsa* y *cocer*; en cambio, se añadieron otras 12 voces, de modo que la lista actual es la siguiente: *abeja, abrevadero, abuelo, acero, agua, aguijón, aguja, ahogarse, aire, andar, araña, árboles, asa, avispa, ayer, ayunar, azada, baile, baúl, blanco, boca, brazo, buey, caballo, cabeza, caer, caja, camino, cántaro, caña, caracol, castillo, causa, cazador, cazuela, cejas, ceña, cereza, cerrojo, chinche, cincha, cinco, clavo, cocina, cojo, coz, cresta, crin, cruz, cuadrado, cuatro, cuchara, cuchillo, cuero, cuévano, cuñados, decirlo, dedo, derecho, desbocado, desnudo, deudas, diario, diente, diez, doce, los domingos, ¿dónde?, dulce, eje.*

Como se ve, figuran aquí términos relativos a las más variadas esferas: a la fauna, flora en general, animales domésticos en particular, el cuerpo humano, la familia, etc. La mayoría son sustantivos, sólo cuatro son verbos. Pero, como ya se dijo, el propósito fue el de ofrecer con este material los diversos resultados a

²Ver M. Sanchís Guarner, *La cartografía lingüística en la actualidad y el Atlas de la Península Ibérica*, Inst.

Miguel de Cervantes, 1953, así como *Introducción del ALPI*.

que dieron lugar las diferentes leyes fonéticas; pues se procuró que las formas dialectales que se obtuviesen como contestación a las preguntas, correspondiesen, en la mayoría de los puntos encuestados, a expresiones de la misma etimología.

Esta finalidad se logró en gran medida, aunque algunos lingüistas jóvenes adscritos a las tendencias de las escuelas modernas lamentarán tal vez el esfuerzo gastado en la minuciosa transcripción de los fenómenos fonéticos, orgullo de la escuela positivista de antaño.

Para reproducir los más finos matices de la pronunciación de los grupos populares, los investigadores han establecido una tabla de un total de 262 signos fonéticos que llena 7 hojas de la Introducción.

Basta mirar sólo superficialmente cualquiera de los mapas para darse cuenta de que no hay una distribución pareja de los lugares estudiados, pues la densidad de la red de estos puntos es mucho mayor en las zonas periféricas que en las partes centrales de la península. Y evidentemente existe mayor uniformidad en el lenguaje de las mesetas castellanas, Andalucía, Extremadura y sur de Portugal que en el de las áreas de la periferia, de modo que la red de las localidades estudiadas es lógicamente más tupida en las zonas de gran variedad dialectal (como Asturias y Aragón) por ofrecer éstas fenómenos más interesantes que el centro de Castilla.

El total de las localidades que figuran en el ALPI no es, como se había previsto en un principio, 525, sino 528, de las cuales, 276 corresponden al dominio español, 96 al catalán y valenciano y el resto al gallego-portugués.

Al comparar la densidad de localidades del ALPI con la de otros Atlas lingüísticos románicos, resulta que el ALPI es el menos tupido de todos ellos, pues en la zona española peninsular figura un punto por sólo 1.115 km².

La lista de las localidades estudiadas (cp. M. Sanchís G., o. c., pp. 48-53 y mapa) demuestra que se han preferido, por lo general, los pueblos pequeños, y esto con mucha razón, pues, como dice este mismo investigador, en ellos "el habla y la cultura popular se mantienen casi incontaminadas de la influencia de las formas más regulares y uniformes de las poblaciones importantes" (o. c., p. 54).

Las informaciones que proporcionan los mapas son abundantes y en alto grado ilustrativas. El Prof. T. . avarro acaba de publicar un interesante estudio basado en el ALPI: "Geografía peninsular de la palabra aguja" (en *Romance Philology*, vol. xvii, N^o 2, noviembre, 1963; María Rosa Lida de Malkiel Memorial, Part. II, pp. 285-300), en el cual el maestro prueba que "el material del ALPI viene a añadir cuerpo y densidad a la ordinaria imagen de la dialectología peninsular (p. 300).

Si nos detenemos un instante en la palabra *abeja* (< lat. *apicula*) con la cual se inicia el Atlas propiamente tal, y la comparamos con la voz *aguja* (< lat. v. **acucula*), veremos, desde luego, que el fonema más afectado por diferentes alteraciones en ambas palabras es el correspondiente al primitivo grupo *c'l*, que es *lh* de articulación palatal lateral en todo el territorio de Portugal (*abelha agulha*) de Galicia y Cataluña en gran parte (*abella, agulla*); *j* en Castilla y Aragón (*abeja y aguja*); *h* aspirada sonora en la mayor parte de Andalucía (*abeha, abuha* = *aguja*); *ch*, y o *pérdida* en Asturias (*abecha, abeya, abea; agucha, aguya*).

Por lo que respecta a las vocales, la voz *abeja* muestra en la vocal tónica *e* condiciones parecidas a las de la *u* en *aguja*. Así la *e* de *abeja* es en el dominio gallego-portugués uniformemente una vocal media, como lo es la *u* de *agulla* en Por-

tugal; en cambio, es preferentemente abierta en el territorio español. Por otra parte, en catalán, *abella* tiene la *e* abierta en algunas regiones. y media en otras, mientras que la *u* de *agulla* es en todas partes una vocal media.

En las vocales átonas hay mucha coincidencia en ambas palabras en los diferentes dominios.

Ahora, limitándonos a la palabra *abeja* es interesante comprobar que la voz *apis* con que el latín designaba normalmente la abeja, no halló continuación en la Península Ibérica, donde habría dado **abe*, forma que, de haberse dado, pudo haber sido eliminada por homófona de *ave* (lat. avis).

Todo el territorio ibérico ofrece solamente formas basadas en el diminutivo *apicula*, el que domina también en todo el sur de Francia, área que se distingue por su uniformidad claramente del norte de ese país, donde se registra una gran variedad de formas (*ef. avette, mouche à miel, mouchette, essette, mouche, essaim, ruche*, etc. Ver L. A. Terracher. "L'histoire des langues et la géographie linguistique", Oxford, 1929, pp. 16 ss. y del mismo autor "Géographie linguistique, histoire et philologie", en Bulletin de la Societé de Linguistique de Paris, t. 24 (1923), Paris, 1924, pp. 322-343).

Es bien sugestivo que en la Península Ibérica sea también el Norte (Asturias, Castilla la Vieja, Aragón) la región en que ocurren diversas denominaciones. Así tenemos, además de *abeja* y variantes fonéticas, las siguientes:

mosca 327 (Omañón), 328 (Torrebarrio), 409 (Veguilla), 410 (La Costana), 412 (Cardaño de Abajo);
mosca de la miel 322 (Cimiano); 400 (Valle de Cabuérniga); 406 (Tudanca); 413 (Brañosera);
mosca de miel 401 (Yermo);
mosca de cepo 331 (Cofiñal);
avispa de la miel 369 (Talavera la Real);
colmena 437 (Lagayo), *cormena* 438, 439, 449, 450, 452, 453;
avispa 376 (Valencia de Mombuey), 519 (Alosno);
avespe 629 (Maella), 749 (Amposta);
avispa 349 (Villarino de los Aires), 356 (Linares de Riofrío), 358 (El Payo), 372 (Fuente del Mestre), 373 (Hornachos), 374 (Valle de Santa Ana), 375 (Abillones), 507 (Doña Mencía), 524 (Constantina), 536 (Cuevas del Becerro), 537 (Peñarrubia);
obeja^a 504, 508, 512, 531, 532, 533, 534, 541, 546, 549, 553, 557;
obejilla 418 (Manzanedo);
obejita 427 (Villanueva de Gumiel), 451 (La Horcajada);
abejeta 606 (Borau), 611 (Alquézar), 616 (Peralta de Alcofea), 617 (Belver de Cinca);
obejeta 610 (Loarre);
abelleta 613 (Benabarre), 615 (Fonz).

De la lista que precede se desprende que sólo en Castilla se registra al lado de *abeja* el nombre de *colmena* o *cormena*, denominación que suele oírse también en los campos del sur de Chile.

^aHemos adoptado esta grafía, ya que se trata de una modificación de la palabra *abeja* y no existiría en el

hablante una confusión conceptual con *oveja*.

Luego, en gran parte de Andalucía se comprueba confusión con la palabra *oveja* así como con *avispa*, sobre todo en la variante de *ovispa*, confusión que se extiende hacia el norte de Extremadura y León, llegando hasta Villarino de los Aires (349), que parece ser el punto más septentrional de esta forma y hacia el Este, hasta Doña Mencía (507). La variante *avespe* se halla solamente en un punto de Aragón cercano a la frontera con Cataluña (Maella, 629) y en Ampos-ta (749), en territorio catalán, que parece ser el lugar más oriental en donde ocurre la confusión de abeja con avispa.

Llama la atención la coincidencia de los nombres *mosca*, *mosca de la miel* con el francés del Norte (*mouche*, *mouche à miel*) donde se dan también varias formas con un diminutivo (*avelle*, *mouchette*, *essette*). Igualmente en la Península Ibérica se observan denominaciones con diminutivos: en *-eta* (*abejeta* y variantes) y en *-illa* (*obejilla*), en su mayoría en las regiones septentrionales.

Habría sido muy útil, si se hubieran anotado en una lista especial agregada al mapa respectivo todas las variantes léxicas que se usan y su relativa frecuencia en los diferentes puntos, pues a lo mejor hay en ciertas localidades nombres que son más usuales que la palabra preguntada durante la encuesta.

De todos modos, hay en los actuales mapas, un material aprovechable para estudios onomasiológicos que hasta ahora sólo habían podido realizarse sobre la base de los datos —muchas veces insuficientes— que proporcionan los diversos vocabularios de regionalismos.

En seguida sería de mucho interés saber en qué momento aparecen las denominaciones *mosca* y, sobre todo, *mosca de la miel*, *mosca de ceño*, *ovispa de la miel* al lado de *abeja* y por qué causas desplazaron en ciertas regiones el término primitivamente general, pues el latín hablado debe haber difundido *apicula* a través de toda la península. En los textos más antiguos, según parece, no hay testimonio de tales nombres. ¿Qué formas traen los documentos latinos del norte de España?; luego, ¿por qué ocurren los diminutivos *obejilla*, *obehita*, *abejita*, *abejeta*, *abelleta* solamente en el Centro y el Este y no en los dialectos occidentales? Además, se ve que, cuando se emplea un diminutivo, éste es siempre un derivado de *abeja* (o variantes por confusión con una voz parecida) y no de *mosca*.

Únicamente un estudio sistemático de documentos históricos bien localizados nos podrá aclarar estas cuestiones, siendo la historia, en tales casos, una ciencia auxiliar indispensable en la geografía lingüística.

La sustitución de *abeja* por *mosca* (o la expresión metafórica *mosca de la miel*, *mosca de miel*) en el habla popular no llama mayormente la atención, pues sabemos que los campesinos, en particular, así como la gente urbana de escasa cultura en general, no distinguen con claridad las diferentes especies de insectos ni sus denominaciones respectivas. De ahí que no sea extraño que se confunda la abeja con una *avispa* y se forme luego la metáfora *avispa* (*ovispa*) *de la miel*. En Chile es muy corriente oír a una persona de la clase baja hablar de una *palomita*, tratándose, por ejemplo, de una mariposa o de una polilla más o menos grande.

Nos preguntamos, en seguida, ¿por qué el término *mosca* se halla exclusivamente en el Norte de la Península?

En general se observa, pues, una relativa uniformidad en todo el Sur del dominio ibérico frente a una rica matización fonética y léxica del Norte. Este problema pertenece a la apasionante historia de las palabras, la que la geografía lingüística ha impulsado con notable éxito, ilustrándonos acerca de la distribución

geográfica de los vocablos, sus frecuentes migraciones, su difusión, los movimientos regresivos, alteraciones sufridas en el transcurso de los diversos desplazamientos, etc. Con la debida interpretación de los mapas, el atlas lingüístico nos informa sobre los centros sociales que operan como focos de irradiación, sobre si hay alguna relación tópica entre las áreas fonéticas y las de orden léxico, etc.

Aunque ya es un lugar común decir que cada palabra tiene su historia especial, no está de más hacer hincapié en ciertos principios que ha confirmado el método geográfico como reacción a doctrinas de antaño. Así, por ejemplo, prueba el ALPI también que los límites fonéticos no son meras abstracciones, como se ha sostenido con frecuencia, sino que son realidades. Véanse v. g. los resultados del grupo latino *c'l* y su extensión en las voces *abeja*, *aguja*. Hubiera sido evidentemente muy provechoso, si los autores del ALPI hubieren incluido algunos mapas, aunque en forma de suplementos o apéndices que proporcionaran una visión de conjunto de tales fenómenos con sus límites geográficos respectivos. Para estos fines, sin embargo, sería también indispensable señalar en forma bien visible las divisiones regionales, porque el procedimiento aplicado en el presente volumen es poco satisfactorio. La solución más recomendable sería, sin duda, como se ha sugerido ya (v. Adela Palacio, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 167 (noviembre, 1963), p. 460), insertar un mapa suelto, en papel transparente, en el cual estuviesen marcadas dichas divisiones.

Por último, sólo nos resta el grato deber de manifestar vivamente nuestro agradecimiento al profesor Tomás Navarro T. y a sus abnegados colaboradores M. Sanchís Guarner, L. Rodríguez-Castellano, A. Otero Alvarez, F. de B. Moll, A. M. Espinosa y L. Lindley Cintra, así como felicitar de manera muy particular al profesor Rafael de Balbín Lucas, en su calidad de director de la edición del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, por la feliz realización de la magna obra ansiosamente esperada desde tanto tiempo.

RODOLFO OROZ

Santiago, julio de 1964.